

## EL HOMBRE FUERTE E IGNORADO DE EUROPA

En estos días en que la propaganda soviética, haciendo gala de un espíritu democrático, de que Rusia carece totalmente, ataca despiadadamente a Oliveira Salazar, creemos de suma utilidad este artículo de HENRY J. TAYLOR, condensado del SATURDAY EVENING POST, Filadelfia, EE. UU.

**A**NTONIO de Oliveira Salazar nació en Vimeiro, de padres modestos, en una vivienda pobre de un solo piso, en la que todavía viven sus cuatro hermanas solteras. Levantando el brazo se alcanza a tocar el alero del tejado que bordea la casa Pintada de blanco, tiene ventanas en forma de herradura, adornadas con alegres macetas de flores y sendos bancos de piedra a cada lado de la puerta de acceso.

Distante tan sólo unos pasos hay otra casa, limpia, alba y sencilla, actual morada de Oliveira Salazar. Una enredadera gigantesca, cubierta de flores extiende su follaje sobre ambas viviendas y las une en alegre y florido abrazo.

El padre de Oliveira Salazar, Antonio de Oliveira, nació en Vimeiro, fué mozo en una hacienda vecina, y murió en 1932, en el mismo paraje de su nacimiento. La madre, doña María de Resgate, vió la luz por primera vez en Santa Comba, ocurriendo su deceso en 1928 en Vimeiro mismo. La memoria de su particular encanto y belleza persiste en el pueblo. Oliveira Salazar la quería entrañablemente, y como permaneció célibe, fué siempre el centro de sus afectos hogareños.

El primer ministro portugués comenzó a estudiar con un vecino, don José Duarte, y dió sus exámenes iniciales en 1899, al levantarse una escuela en un recodo del camino a Coimbra, teniendo Antonio 10 años de edad a la sazón.

El Padre Pimentel, su maestro, le había preguntado cierta vez qué carrera habría de elegir en el futuro, a lo que contestó sin titubear. "Quiero ser profesor".

Ya en 1923 el congreso de asociaciones industriales y comerciales de Portugal discutía su producción científica y se interesaba por sus publicaciones; la sesión del 2 de diciembre fué destinada a debatir su tratado sobre "reducción de los gastos públicos". Encerraba un programa de gobierno en materia económica y financiera para aplicar en una nación asfixiada bajo una avalancha de escudos de papel que en ella revoloteaban, sin apoyo de arriba ni de abajo. Porque Portugal se encontraba en verdadero estado de colapso.

Siguió landando el tiempo, y otra revolución conmovió a Lisboa. Los gabinetes giraban como molinos al viento, y morían. El desprecio público por los políticos no hacía distinción entre republicanos y monárquicos, ni entre fascistas y comunistas. Pero cinco años tuvieron que transcurrir antes de que los dirigentes políticos o el parlamento se percataran de que quien allí hacía falta era el sesudo economista de la Universidad de Coimbra.

Los escritos del doctor Salazar desde Coimbra iban en aumento en esos años! Sus artículos en el diario **Novidades** se sucedían con rapidez obedeciendo a requerimientos

editoriales. Se convocó el tercer congreso del Centro Católico a realizarse en Coimbra el 27 de abril de 1928; Salazar habría de hablar a los congresales, pero el discurso no tuvo lugar. Esa misma mañana habían llegado en un automóvil repleto, delegados del nuevo gobierno elegido, y los recibió en su residencia de Vimeiro. Atendió a los representantes en la única habitación de que disponía. A los pocos minutos abandonó la casa encaminándose a la paterna, a pocos pasos de allí, para ver a su madre enferma que sólo habría de vivir seis meses más. Fué la primera despedida verdadera que la vida hasta entonces le deparara. Horas más tarde, el mismo día, prestó Salazar su juramento como ministro de Hacienda. Tenía 39 años.

Dos años más tarde los males que padecía Portugal se verían acrecentados con la depresión mundial. Pero el recluso ministro trabajando casi solo en su programa de remozamiento económico, podía afirmar con serena confianza: "Cuando considero que hay naciones ricas que no pueden o no quieren pagar sus deudas, y que hay grandes naciones incapaces de equilibrar sus presupuestos, cuando veo la crisis de la vida, de la tierra, de la riqueza y de la moralidad, y de ese cuadro vuelvo los ojos a nuestra propia casa, humilde no hay duda, pero tranquila y empeñosa, siento que podemos dar gracias por los esfuerzos que Portugal ha hecho".

Lo primero que anunció Salazar fué que su ministerio aplicaría impuestos a todo lo que encontrara y a todo aquel que tuviera alguna suerte de renta, pero que cada año nuevo que pasara vería una reducción en los gravámenes. Simultáneamente prometió cortar por lo sano la burocracia: "Esa gente —dijo— son nuestros servidores públicos; no necesitamos tantos".

A lo largo de su primer año en Lisboa redujo el número de los funcionarios públicos en un tercio; el segundo año volvió a reducirlos otro tercio. Al año de haberse hecho cargo del poder pudo equilibrarse el presupuesto por primera vez en la historia de Portugal. El equilibrio del mismo pudo conservarse a través de los años críticos inmediatos a 1930, situación que ha podido mantener hasta hoy.

En el lúgubre año de 1932, Salazar liquidó lo que quedaba pendiente de la deuda externa de Portugal, rescatando los títulos de la misma en el extranjero a la par. El escudo portugués subió en la cotización monetaria internacional, y sigue siendo hoy

altamente convertible en cualquier parte del mundo.

Al ascender al cargo de primer ministro en noviembre de 1932 Salazar, el sossegado estudioso de Vimeiro, había incorporado al régimen legal portugués la enseñanza obligatoria, había bosquejado los primeros pasos de la legislación social, instaurado el sistema de indemnizaciones obreras y un seguro de pago gradual, a la vez que establecido un plan de obras públicas locales que incluía en particular las viviendas populares proyectadas y garantizadas por el gobierno nacional, pero votadas y financiadas por las autoridades de cada localidad.

Vinculado a esto, Salazar dirigió palabras como las que siguen, al Consejo de Estado el 9 de diciembre de 1934: "Como nuestro bienestar nacional continúa en aumento, debemos proseguir una política financiera de franco buen sentido por oposición a una de planes dispendiosos, planes que a fuer de vastos y magníficos demandarían todas nuestras energías para admirarlos, sin dejarnos fuerzas bastantes para ejecutarlos luego".

A esta altura de los acontecimientos era ya el hombre consultado por los estadistas de todo el mundo. Y al fracasar la Conferencia Económica de Londres de 1933 escribió al **premier** británico Ramsay MacDonald: "Ya nada queda por delante en Europa más que la guerra".

En el campo de las relaciones internacionales, desde los albores de su mandato, Salazar hizo claro su pensamiento conforme al cual la alianza angloportuguesa, la alianza más vieja del mundo, habría de ser la base invariable de su política exterior. Con tanta anticipación, como el ataque de Hitler a Polonia en 1939, previó una lucha larga, muy larga, culminando con la victoria aliada, en lugar de una guerra relámpago que llevara a una paz germánica en el continente europeo. A pesar de la caída de Francia, y así me lo explicó la primera vez que nos encontramos poco después, seguía convencido de que Alemania perdería la guerra. Contra todas las pretensiones alemanas que se le oponían, confiaba en el aguante de Inglaterra, y en la eventual incorporación de Estados Unidos al lado de ella.

El despacho particular de Salazar es una habitación pequeña, pero cómoda. Altos ventanales dominan un apacible jardín. Las paredes tienen como único adorno unos cuadros y un hermoso reloj francés que descansa sobre la repisa de la chimenea. La belleza del aposento está en su natural sencillez. "Pero no es el lugar adecuado para tomar

decisiones graves", le dirá Salazar. "El hombre debe entregarse a la reflexión en su propio hogar".

Sin embargo, no debe tomarse esta actitud para definirle como hombre siempre austero. Al tratarlo de cerca se le descubre cálido y jovial, con sonrientes ojos latinos y una risa moderada y contagiosa. Es más joven de lo que esperarías: sólo tiene 55 años.

Cuando Salazar convenía el otoño pasado la cesión del uso de las Azores a favor de Gran Bretaña, yo me encontraba nuevamente en Portugal. Las negociaciones no estaban exclusivamente en manos del embajador británico, sir Ronald Hugh Campbell, Mr Eden envió para ello un representante especial del **Foreign Office**. Con asombro del pueblo británico, Salazar accedió en principio a la entrega de las bases, apenas fué hecho el pedido. Cuando el referido representante delineó el problema, el primer ministro lusitano dijo: "Cuenta usted este pedido en la estructura del tratado anglo-portugués. Creí que me habría visto al respecto hace tiempo. Podría haber conocido mi respuesta hace dos años, de habérmela requerido. Inglaterra puede contar con las bases. Traten ustedes los detalles con mis militares, y yo me encargaré de ver al ministro de relaciones exteriores de España".

Las convenciones entre Portugal y España creaban un problema en cuanto a la libertad de acción de Portugal para con Gran Bretaña, ya que sus arreglos recíprocos conocidos como constitutivos del llamado bloque ibérico, exigían el consentimiento español para medidas de aquella naturaleza en favor de cualquiera de los beligerantes. Salazar dejó Lisboa dirigiéndose a España para entrevistarse con el conde Francisco Gómez Jordana. Regresó con la anuencia hispánica para poder hacer la cesión de las bases a Inglaterra.

En la audiencia que me concediera y que me autorizó hiciera conocer públicamente como siendo la segunda otorgada a cualquier periodista, aliado o del eje, durante su carrera, Salazar expresó sus puntos de vista en torno a los problemas americanos.

"En este continente (Europa), presionado por el temor de una potencia excesivamente fuerte —cualquiera que sea esa potencia— y reaccionando siempre en la misma forma contra tal temor —decía— dos inmensas potencias territoriales, Alemania y Rusia, se enfrentan en una zona de tensión al este de Europa, como antaño lo estuvieron Alemania y Francia. Por la misma naturaleza de las cosas cada una de ellas ha

de sobrevivir en una forma u otra, así como ha ocurrido con Alemania y Francia en el pasado".

"Para las naciones más pequeñas de Europa para el elemento **temor** ha variado poco, por lo tanto, con el conflicto nuevo que se suscita. Dejando enteramente a un lado sus ideologías y mirando la cuestión con criterio estrictamente histórico, a medida que Alemania se debilita y queda postrada, las naciones europeas que tenían una Alemania todopoderosa, temerán en igual forma a una Rusia todopoderosa".

Salazar vislumbraba influencias asiáticas que presionaban hacia el occidente y en torbellino en Europa central, en medio de la confusión germanorrusa, y mucho más allá del advenimiento de la paz tras el actual conflicto.

"La vieja historia de este continente es la de tirantez continua entre países mediterráneos encerrados y países litorales. Como en todo tiempo ha sido, siguen los europeos empeñados en una lucha de retaguardia contra los elementos asiáticos y teutones que a sus espaldas se expanden. Conforme a ello, veo el bosquejo de un sistema del Atlántico que emerge en otra esfera —hablando desde un punto de vista geopolítico— que reajustaría todos los sistemas geopolíticos precedentes y transformaría el área atlántica del futuro en el equivalente de la zona del Mediterráneo en el pasado".

Nos habíamos encaminado hacia los ventanales de la oficina, mientras Salazar epilogaba: "Así creo que va a suceder". Dibujó un gran círculo imaginario en los cristales de la ventana para indicar gráficamente el nuevo centro del mundo europeo, empujado hacia el oeste sobre el Atlántico y encerrado en un perímetro marítimo.

"Esta línea marítima, Europa, África occidental, Sudamérica y América del Norte —dijo— requiere una Francia renovada en vigor y una península ibérica robustecida (Portugal y España), además de los elementos de expansión en África y Brasil para su equilibrio geopolítico. La fuerza de atracción de este remolino incorpora directa e irrevocablemente a los Estados Unidos a su órbita. Los Estados Unidos serán para este sistema del Atlántico en conjunto, lo que fuera Inglaterra para el limitado sistema continental europeo, es decir, el centinela separado pero permanente, en cuya mano se deposita el equilibrio del poder".

"A pesar de la inmensidad de Rusia y las fuerzas que ha revelado poseer, el centro del equilibrio de los poderes no puede hallarse en esta nación encerrada, como no está ni

jamás estuvo en Alemania a pesar de su potencialidad. Veo con igual certeza que este centro ha ido más allá de las islas británicas para siempre. El equilibrio del poder en lo que queda del siglo estará en los Estados Unidos”.

“Si Europa no alcanza a descubrir una nueva luz que la oriente, encendida de integridad nacional y puesta al servicio firme de la moralidad internacional, despreciando el oportunismo de otras potencias, no habrá esperanza de paz duradera. Y desde el punto de vista continental, recordando que tanto Gran Bretaña como Rusia se dejaron envolver en los dilemas del pasado que condujeron a la guerra actual, esa luz en el campo de las relaciones exteriores sólo puede vernos de los Estados Unidos”

Para un mundo que con razón mira con sospecha todo gobierno unipersonal, el régimen de Salazar cae en la categoría de dictadura, y en algunos aspectos cabe así clasificarlo. Pero esa clasificación sería una solución simplista. David Shilan, director del Instituto Británico en Portugal, expresa un juicio europeo: “El régimen portugués es autoritario — dijo hace poco en una conferencia en Chatham House en Londres — y no pretende ocultarlo. Pero el régimen no es totalitario, y tampoco tiene por qué ocultar esto”

La circunstancia de que Portugal haya permanecido como estado independiente por 800 años (salvo la ocupación española desde 1581 hasta 1640), es algo único en el juego político de las potencias europeas. La cultura francesa ha tenido quizá mayor influencia allí que la cultura hispánica, y la posición nacional se ha acercado más al liberalismo francés que al feudalismo español. La caída de Francia en 1940 tuvo su reflejo en Portugal y de sus efectos ésta no se ha recobrado del todo aún.

Pero hay dos palabras de gran importancia en la filosofía política de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, a saber, **democracia** y **libertad**, que tienen alcance tan especial en Portugal que su uso allí puede traer confusiones. Porque la voz **democracia** se usaba a diestra y siniestra en la era temprana

y caótica de la malhadada república de 1910, y equivale a algo muy cercano a la anarquía

La palabra **libertad** puede significar para el portugués la despreocupación por los deberes, la licencia sin freno, sin obligaciones y sin ley, la emancipación de toda norma y la facultad de no pagar sus deudas. Si se pregunta a un portugués culto si quiere “democracia” y “libertad”, moverá la cabeza y contestará que no. Si se le pregunta a un portugués rústico, se mostrará alarmado

“La completa autonomía de gobierno en nuestra tierra —dice Salazar— es un problema de educación nacional. Si en el extranjero se me llama dictador, mi respuesta es que hay cierta continuidad en la vida portuguesa que nos enorgullece, y yo no soy sino parte transitoria de esa continuidad. Arrinconados en la faja occidental de la península entre vecinos poderosos y el mar, nuestra existencia nacional ha sido forzosamente un largo drama. Pero con el favor divino contamos con ocho centurias de labor y de padecer, de luchas y de independencia. Y si los peligros persisten, también persiste el milagro de nuestra independencia”.

Y Salazar sigue siendo característicamente una figura intelectual a los ojos de su pueblo. Se le respeta mucho en un país en el cual, en verdad, se respeta al estudioso y al célibe. No se encarama en los balcones, ni desfila espectacularmente, no pasa revista a las tropas ni abraza a los diganatarrios en público. Los portugueses, en general, ni lo aplauden con frenesí ni lo temen. Cuanto en el gobierno no es del agrado popular, no lo atribuyen exclusivamente a él. Y lo que les agrada en el sistema de gobierno, lo atribuyen — como es muy humano — a sí mismos.

El andamiaje que sostiene la influencia de Salazar es la deferencia que le dispensan los dirigentes políticos locales y el Consejo de Estado, debido al éxito de sus planes y actos, y la convicción de que lo único que ambiciona Salazar es volver a la Universidad de Coimbra, de donde salió.